

## Traum y Buch

La vida nos reunió de forma extraña. La vida es extraña de por sí. Podría buscar otro adjetivo, pero éste es simple y llano, nada extraño. Recuerdo que la primera vez que os vi a ti y a Giselle fue en un café cerca de Quevedo. Me llevó de la mano Iría. Yo soy poco de cafés cerca de Quevedo. Pero era una mañana soleada y la luz pasaba a través de unos cristales gruesos, templados como se hacía antiguamente, y la abrupta refracción caía sobre vuestros cafés americanos con alegría y como si sobrase el tiempo. Y yo soy mucho de alegría y de que sobre el tiempo. No sé si recuerdas esa mañana, pues se puede confundir con otras muchas que hemos pasado juntos y desde luego desleírse en los infinitos cafés que habéis tomado sin estar yo, aún estando, pues cuando alguien empieza a ser amigo, de una forma u otra, siempre se está presente.

No sé si estarás de acuerdo conmigo, pero hay días que resumen una vida, por extraña que ésta sea. Recuerdo que cada cierto tiempo, los que estábamos en esa mesa, guardábamos silencio y durante cinco o diez minutos leíamos nuestros periódicos o alguno de los libros que habíamos llevado. En la siguiente pregunta intentaré entrar en materia (me gusta ser lento, pero puntual), aún así me gustaría empezar esta conversación observando que aquellos silencios fueron el pistoletazo de salida de nuestra amistad al mismo tiempo que la definen en sus hechuras. El respeto por los vacíos lo llevo de fábrica, pero compartirlo era bastante nuevo para mí. Me hizo dar palmas con las orejas. Luego, ese mismo día, si recuerdas, acabó en mi casa, viendo la extensa colección de pop-ups que atesora mi hermana, y maravillándonos con cómo se desplegaba una carabela de Colón en las páginas centrales del libro de Kubasta.

Y ahora tenemos el TRAUMBUCH. Creo que, sin quererlo, nos hemos hecho un homenaje.

Recuerdo todo lo que cuentas, claro, pero alterado en su orden. Un café frecuentado, la luz que entra por el ventanal y se proyecta sin solución de continuidad sobre un libro de Voitech Kubasta, la imagen de un barco que salta de sus

páginas, una suma de actos privados en lugares públicos... Podría ser un sueño más del TRAUMBUCH, que —visto así— parece la consecuencia natural de ese primer encuentro —onirismo, amistad y pop-up—, pero entre la primera vez que nos vimos y nuestro libro median prácticamente diez años, como sabes. Durante todo ese período estuve leyendo libros de Delirio y admirando la tenacidad y la convicción con la que has ido creando algo valioso y extraño —y, de a ratos, muy heterodoxo— de lo que yo tenía muchas ganas de ser parte, como suele sucedernos a los escritores con los catálogos que nos gustan y nos interesan. Y la oportunidad —me pareció— se presentaba después de que *Mañana tendremos otros nombres* ganase el Premio Alfaguara, un momento en el que, más allá de que, desde luego, me alegrase que la novela alcanzara a un mayor número de lectores que mis otros libros, yo tenía la impresión de que se hacía muy necesario desplazar mi trabajo del ámbito en el que cierta atención pública suscitada por el Premio lo depositaba por defecto —y, junto con él, a mí— y recordar cuáles son mis ideas acerca de lo que debería suceder con ese trabajo y con la relación entre literatura y dinero y tiempo. Estos días estoy escribiendo un ensayo que el CSIC incorporará a su serie 23 de abril para regalarlo a los lectores el próximo Día del Libro, y en él están buena parte de esas ideas. Pero el TRAUMBUCH es su demostración práctica, por decirlo así.

Y, sin embargo, antes de que el libro estuviera en nuestras manos tuvimos decenas de dificultades, incluyendo una pandemia mundial paralizante, escasez de cartones —estamos cambiando bosques completos por envases de comida a domicilio: tendríamos que hacérselo ver— y rollos varios. ¿Cómo es concebir y ejecutar un libro en un momento en que no hay imprentas, no hay —no había— librerías, no hay papel y todos estamos preocupados por las personas que queremos más que por el próximo libro de alguien? ¿Por qué este libro sale en este momento y no cuando lo concebimos, en septiembre u octubre de 2020?

Creo, sinceramente, que hemos aprovechado la oportunidad. Y nuestra oportunidad era trabajar juntos y hacerlo como queríamos. Desde el propio texto, cifrado en un material exageradamente íntimo, casi intransferible, rara vez legible, hasta lo aparatoso de una edición que desafía los límites del bloque, que lo pervierte y lo disuelve en su concepto, pasando por la erudición del prólogo e incluso el formato cuadrado, (cuestiones que siempre se resuelven en los márgenes y a las que pocos prestan atención), hemos hecho lo que nos ha salido del pecho. Sin ninguna traba, sin concesiones, sin remilgos, sin esa puerilidad imperante que calla y otorga, que es víctima y verdugo al mismo tiempo. Hemos aprovechado la oportunidad de pasear juntos. De ser verdaderos paseantes. Es decir: la ciudad, la dirección, el tiempo y todo lo que se cruza, se difuminan, dejan de importar. Si hemos parado en ese trayecto es porque queríamos, si hemos dudado es porque lo necesitábamos, si hemos proseguido es porque lo anhelábamos. Desde ese punto de vista, el valor de la pandemia y el precio del papel, las fechas del calendario y la duración de las paradas, las hemos puesto nosotros. Para ejemplificar esto, sabes que una gran parte del retraso se ha debido a la complejidad del diseño, a ese pop-up que parece un desarrollo 3D del triángulo de Sierpiński. No he podido encontrar ningún libro de tirada industrial con un desplegable en la cubierta, y después de éste, posiblemente no lo encuentre jamás, pues es engorroso, va en contra de nuestras estanterías, de la colocación del libro junto a otros (algunas personas me dicen que es un sujetador de libros, pero si te das cuenta sólo se sujeta a él mismo, así que ni siquiera tiene esta utilidad que algunos pretenden darle de manera salvífica), va en contra de la perfección que ha logrado el propio libro como objeto a través de los siglos. Y cuando vas en contra de lo establecido, por mucho que se empeñen en decir que es uno de los fundamentos de la modernidad, de la puta «emprendeduría», y connatural al nuevo horizonte, hace falta tiempo, dedicación y esfuerzo, porque lo único que estás haciendo es jugar en contra de lo probable, de lo determinado. Y al final, ¿para qué? No me jodas, es como si todo tu afán se empeñase en ser el primero en tomar la sopa con un colador.

Pero había dos cosas que quería conseguir (y ninguna de ellas era tomarme toda la sopa): la primera era hacer que ese desplegable pudiera replicarse industrialmente. Es decir, todos podemos hacer

una, dos, tres copias en nuestra casa de un libro con la cubierta en desplegable. Sacando el texto en la impresora, cortando con nuestras tijeritas y pidiéndole a la abuela que cosa los pliegos. Pero yo quería que pudiera reproducirse una y otra vez (aunque su tirada esté limitada de antemano), y por lo tanto todo se focalizó en encontrar ese patrón y optimizarlo hasta la extenuación. Los plegados, los hendidos, los cortes, todo el troquel, las marcas que dejaría la manipulación, las muescas sobre la cartulina en la primera y cuarta de cubierta con el papel plastificado, la rotura de la tinta en la tercera y cuarta, imposibles de plastificar, las falsas guardas adaptadas tanto al libro abierto, como desplegado, como vuelto a cerrar pero con diferente disposición... Mil y un «monstruos» hechos en la oficina para comprobar dónde podía fallar, porque si nadie lo había hecho, es porque era probable que fallara. El tiempo es lo único que lucha contra lo improbable. Y los días se transformaron en meses, claro. A pesar de todo, nunca supe cómo iba a quedar hasta que me llegaron las 700 copias. Era el jodido libro de Schrödinger. Fue, literalmente, un salto al vacío. Un salto caro, además.

La segunda de mis metas, y que en realidad es el germen de todo, era intentar darle volumen a lo que escribes, hacer trascender tu escritura. Desde ese prisma, no soy tanto tu editor como un lector casi patológico de tu obra. Todo lo que escribes se me antoja siempre un fractal, un universo en expansión que encuentra su réplica en cada una de las partes que lo componen. Cada subordinada se pliega y se repliega, o se expande más allá del renglón, los personajes se disparan en múltiples dimensiones de tiempo y espacio, todo se vuelve juguetero, se «malabariza» (en caso de que este verbo exista), las acciones se solapan y se abren como una flor. Todo se polariza y al mismo tiempo se agarra a una linealidad casi sorprendente. Leo tu obra como un niño mira un espectáculo de magia. Y todo esto, sólo hablando de tu narrativa. Por lo que, cuando me llega un *traumbuch*, tu libro de sueños, y tras haber leído por tercera vez *El libro tachado*, comprendo que tengo que estar a la altura de un triple salto mortal. Pienso: no puedo escribir lo que escribes, pero quizá sí pueda contenerlo. Y ésa ha sido mi preocupación todo este tiempo y por eso he tardado tanto: ¿qué forma darle al dispensador de tan poliédrico y complejo perfume? No sé si bien, pero he hecho lo que he podido.

Y tú, ¿sigues soñando a pesar de este tiempo y estos modos, a pesar de la inclemencia y los fuegos fatuos?

Gracias por tus palabras sobre mi trabajo, Fabio. No es fácil sentirse bien leído, pero los buenos lectores y los amigos siempre conseguís que me sienta así.

Una de mis preocupaciones cuando estaba preparando el libro —que, como sabes, es una cala en mi diario de sueños, que llevo desde los quince o dieciséis años de edad— era que publicarlos hiciera que dejaran de producirse. En realidad, no era tanto una preocupación como una promesa hecha a mí mismo: convertidos en “otra cosa”, los sueños iban a dejar de interesarme y de venir a mí. El sueño y yo íbamos a “terminar”, lo que significa que, a partir del momento en que fuesen publicados, yo iba a dejar de soñar, de despertarme gritando, etcétera. No me disgusta empezar algo, pero lo que más me gusta es acabar. Y, sin embargo, desde que el *Traumbuch* fue publicado tengo sueños más frecuentemente y suelen ser más largos. En uno que se repite estas semanas estoy en un bosque y trato de recordar cuál de los dos senderos que se encuentran frente a mí —y que conozco de visitas anteriores— es el que tengo que tomar: uno lleva a la ciudad y a una existencia conocida; el otro asciende hacia lo alto de un promontorio y ofrece más y mejores recompensas, aunque es más difícil de transitar. Yo siempre escojo el segundo, no sé por qué.

De hecho, sí lo sé. Y creo que tiene que ver con el libro que hemos hecho juntos. Nuestros amigos de la Real Academia Española definen algo único como algo que es “solo y sin otro de su especie”, y yo creo que el *Traumbuch* lo es: un libro excepcional en el conjunto de los míos —en el sentido de que es y, al mismo tiempo, no es un libro “mío”—, un objeto que trasciende los límites y las formas del tipo de libro físico que encuentras en cualquier librería, un libro que pertenece a un género o subgénero del que hay muy, muy pocos ejemplos en español, una cantidad deliberadamente reducida de ejemplares para que, cuando ya no haya más, no haya más *Traumbuch*. Un acontecimiento único, una editorial de excepción, una sola

presentación, una única entrevista y conversación —esta que estamos teniendo aquí— hablando de él.

Que la mayoría de las personas que escriben, leen y editan libros estén trabajando en este momento para que el valor de esos libros dependa exclusivamente de la multiplicación —más títulos, más ejemplares, en más librerías, para más personas, más rápido, para que se vendan antes, para que después las personas compren uno parecido o directamente igual— y que, pese a ello, a ojos de los lectores, el valor de los libros siga disminuyendo —reemplazados estos por el audiolibro, el podcast, el libro electrónico, las teleseries o cualquier gadget informático—, parece corresponderse con un deseo más y más intenso de vivir experiencias únicas, momentos singulares, cosas que, por definición, no pueden ni van a repetirse. Y eso es el *Traumbuch*, creo: algo así como un intento de demostrar que no todas las personas quieren vivir una y otra vez el mismo día, leer el mismo libro o tener en sus estanterías un ejemplar de ese libro de aeropuerto que también tienen su vecino, su maestra de parvulario o el concejal de cultura de su ayuntamiento.

Entre las varias acepciones que la palabra “sueño” tiene en nuestro idioma, hay una que me interesa mucho, en ese sentido: la del sueño como proyecto, esperanza, deseo. Nuestro *Traumbuch* es un poco eso, ¿no es verdad? Un producto del deseo de dar algo a alguien que ese alguien no haya visto antes, para liberarlo de la inercia y la repetición de lo mismo que es el asunto de los libros en este momento. Y además es un libro que se puede leer, subrayar, plegar, desplegar, desmontar, completar, coleccionar, soñar. Es un libro que, como dices bien, “sólo se sujeta a él mismo”. ¿Pero qué más se le debe pedir a un libro?

Gracias por hacerlo posible, Fabio. Y por esta conversación.

Soy yo el que te agradece la confianza, querido amigo. Como dije anteriormente: es un honor caminar a tu lado.

Escribo esta última reflexión después de un par de meses de haber puesto el libro en el «mercado». El domingo vendrás a la feria

a firmar. Todo se mueve lento pero seguro. Caminamos con crampones en la ventisca. Hemos regalado muchos de esos libros y hemos vendido alguno más. Todo busca el equilibrio de forma natural. Ambos sabemos que esto es una carrera de fondo y que, dentro de 20 años, podremos seguir sujetándonos a este libro como hicimos el primer día. Hemos creado un miliario en nuestro camino, un lugar al que volver. Tiene poco que ver con nada más que con nosotros mismos. No hemos salvado vidas ni hemos hecho todo por la sonrisa de un niño. Tampoco ha habido onda expansiva ni ha caído ninguna torre. El mundo sigue destruyéndose y construyéndose ahí fuera, girando como siempre lo ha hecho, sin que a nadie le importe nada, finalmente.

Te veo el domingo y volvemos a abrazarnos. Caerán unas cuantas firmas y unas cuantas cervezas. Tengo un nuevo chiste que contarte:

*Un elefante entra en un bar. El camarero, absolutamente acojonado, le pregunta qué quiere. El elefante responde: «Una caña». El camarero se la sirve temblando. El elefante se la bebe de un trompazo y pregunta cuánto se debe. «Cinco euros», responde el camarero sin dejar de mirarle alucinado. El elefante pone un billete sobre la mesa y ante la cara de estupefacción del camarero, le pregunta: «¿Pasa algo?». Con voz temblorosa éste le responde: «Es que... es que... es que nunca había visto un elefante en un bar».*

*«Y menos que vas a ver con estos precios», responde el elefante.*